

Filosofía y pensamiento crítico”.

Juan Diego Ortiz Acosta
Depto. de Filosofía CUCSH

En las siguientes líneas valoramos la importancia de fomentar la capacidad de argumentación y el análisis de calidad desde la filosofía que se enseña para que ésta tenga un carácter problematizador con el objetivo de que los estudiantes sean capaces de dar respuestas pertinentes ante los problemas de su entorno.

Bien dice Lora (2008) que la Modernidad no sólo ha creado una forma de dominación, sino que se presenta con múltiples rostros, por lo que los problemas contemporáneos son por tanto más complejos y exigen múltiples ideas para intentar incidir en ellos. Esta Modernidad con rostro global pretende “desestructurar toda idea de comunidad, de autorepresentación social, de autodeterminación, de identidad y de alternativas”. Situación preocupante que sólo puede ser superada desde un pensamiento alternativo gestado en las propias raíces de las sociedades dominadas, capaz de discernir con ojos muy críticos esa cosificación de las relaciones humanas, la desocialización y el privatismo desnacionalizador en el que nos encontramos.

Aquí es oportuno tomar una cita del propio Lora cuando hace referencia a Ramón Grosfoguel, quien dice que “las perspectivas epistémicas subalternas son un conocimiento que viene de abajo, que produce una perspectiva crítica del conocimiento hegemónico en las relaciones de poder involucradas”. Y precisamente sobre esto reflexionamos ponderando la relevancia de que

Introducción

Las ideas contenidas en el presente texto se inscriben en el ámbito de lo que denominamos pensamiento crítico. Es decir, aquel pensamiento que algunos teóricos lo definen como racional, reflexivo e interesado en el qué hacer ante las distintas realidades. entre ellas. la de opresión. En las

la educación filosófica genere conocimientos y forme conciencias críticas capaces de ser creativas para sortear los desafíos actuales.

En el texto también se revisa la currícula de algunas universidades en la enseñanza de la filosofía y se sugiere la necesidad de dar pasos a una filosofía práctica que pueda trascender el mero ejercicio intelectual teórico de una filosofía que estudia a los grandes pensadores europeos sin un acercamiento a las realidades de nuestros contextos. Por ello, se plantea el desafío de que la educación filosófica también debe estudiar y atender problemas nuestros, tales como la dependencia, la dominación, la violencia, la desigualdad, entre muchos otros, los cuales son un verdadero obstáculo para el desarrollo del país y la sociedad, pero que a su vez son conflictos extensivos en la región latinoamericana.

Como bien indica Grosfoguel “el éxito del sistema mundo moderno/colonial consiste en hacer que sujetos socialmente ubicados en el lado oprimido de la diferencia colonial, piensen sistemáticamente como los que se encuentran en las posiciones dominantes”. Hay pues, toda una justificación para pensar la filosofía también desde otros ángulos, por ello, al final del texto se expone una breve revisión curricular de algunos programas de filosofía de diversas universidades, esto con el fin de advertir ciertas tendencias de la educación filosófica.

Repensar la realidad

Las universidades en general, tanto públicas como privadas, sostienen un discurso en el cual se asumen como instituciones que buscan insertarse en la realidad con una visión transformadora y propositiva. Esto desde luego exige ir más allá del discurso para vincularse con la sociedad, pero además exige que las casas de estudio se propongan la conversión del conocimiento, es decir, que pasen del conocimiento general y teórico que enseñan, a un conocimiento particular y práctico que favorezca el desarrollo social y humano. En otras palabras, las universidades tienen el reto, si quieren cumplir con sus discursos de identidad, de formar capital humano capaz de generar

regiones inteligentes para la resolución de los diversos problemas que aquejan a sus ciudadanos a través de un saber útil y crítico.

Si partimos de este núcleo conceptual acerca de la función universitaria como vocación transformadora, entonces cabe pensar en la filosofía desde una perspectiva práctica y transdisciplinar que atiende problemas cercanos, pero además una filosofía que invita a repensar y a desaprender desde otras categorías. Por tanto, se puede asumir que la Universidad no tiene porque volcar su quehacer educativo sólo en relación a satisfacer las necesidades y los problemas del mercado, tal como viene sucediendo en la mayoría de las instituciones de educación superior en México.

Por el contrario, dada la complejidad de la sociedad, es imprescindible que las universidades diversifiquen sus enfoques y perfiles para atender también otros ámbitos del país, las regiones y las localidades, pero no sólo a partir del mercado, sino fundamentalmente a partir de las demandas sociales. Se trata de dar pasos en la concreción del compromiso social, vinculándose con las necesidades e incertidumbres de la gente, es decir, recuperar la fuerza sobre el interés público.

Visto esto desde otra manera, se trata de repensar la realidad. Jorge Alonso (2012) asevera que se puede pensar fuera del propio capitalismo con otros supuestos epistémicos y desde los sujetos sociales emergentes y sus necesidades. Se trata de apostar porque las humanidades y las ciencias sociales pongan especial atención en una educación a partir de otros saberes que tienen otra racionalidad, no necesariamente la racionalidad de la producción, la ganancia, el consumo y la dominación.

Una educación que enseñe a desaprender y que además sea capaz de transformar a partir de la reflexión y la praxis, que enseñe a pensar con pensamiento crítico, como dice Sosa (2011), pensamiento que “tiene que llevarnos a saber que es posible transformar nuestras cabezas, nuestro horizonte, y confiar en que las soluciones que proponamos serán seguramente mejores que las

que nos han obligado a aceptar". Tenemos que aprender a mirarnos con otros ojos, nuestros ojos, para rehacer el amor a nuestra tierra, dice convencida de lo que podemos crear desde otros caminos que no sean los del pensamiento único del neoliberalismo.

El propio Alonso, asevera que "se debe luchar contra muchos miedos, pero sobre todo hay que perder el miedo a pensar". Así, las universidades y la filosofía también deben perder el miedo, deben "romper con tradiciones viciadas" en la educación que nos han sido impuestas y que nos han hecho olvidar que también tenemos creatividad, capacidad y sensibilidad, que tenemos derecho a pensar desde nuestros propios contextos y necesidades. Es un imperativo aprender a problematizar y a generar nuevas ideas, nuevos conceptos y nuevas categorías desde las cuales podamos construir otras subjetividades.

Asimismo, también es una necesidad hacer filosofía transdisciplinar donde se ponga en juego el conocimiento filosófico con el conocimiento de otras ciencias y disciplinas, sabedores de que eso puede ser una mejor garantía en la construcción de saberes vinculados con la realidad que es múltiple.

Problemas globales y problemas locales

El mundo entero pasa por un proceso acelerado de cambios que la globalización ha traído consigo, esto ha generado una doble problemática que puede ser estudiada desde el ámbito global pero también desde lo local. Las sociedades tienen problemas y necesidades estructurales que tienen que ver con el sistema mundo (capitalismo globalizado), pero también sufren problemas específicos derivados de ese complejo mundializado y de las propias dinámicas históricas de los diversos entornos. Esto supone entonces que los países requieren enfrentar la doble dinámica desde una doble perspectiva, la global y la local. Es decir, se necesitan soluciones universales pero a su vez soluciones desde la región, desde la sociedad local, y es en esta doble vía en la que se tienen que mover las instituciones educativas.

Borja y Castell (2006) señalan que en el centro de las transformaciones mundiales se encuentra la revolución tecnológica, organizada en torno a las tecnologías de información, las cuales han cambiado “nuestras formas de producir, consumir, gestionar, informar y pensar”. Estamos pues ante una suerte de cambios acelerados en la economía, la política, la cultura, la ciencia, la ecología, las religiones, etc., que generan a su vez problemas y necesidades contemporáneas muy complejas que es preciso conocer para resolver.

Enrique Dussel (2009) dice que el sistema mundo paradójicamente está excluyendo a la mayoría de la humanidad de los beneficios de ese proceso generador de riqueza, mientras que Dominique Simone, citado por Zygmunt Bauman (2006), dice que “a la luz de los procesos de fragmentación y segmentación, y de la creciente diversidad individual y social, el fortalecimiento de la cohesión y el desarrollo de un sentido de conciencia y responsabilidad social se han convertido en objetivos sociales y políticos importantes”.

Filosofía práctica

Ante este mundo complejo y cambiante que al parecer no tiene rumbo y que genera riqueza pero que excluye, individualiza, fragmenta, violenta, corrompe, confunde, es necesario un saber filosófico que explique y proponga salidas humanizantes ante esa realidad. Fernando Savater (2008) señala que las personas comienzan a hacer filosofía a partir de sus catástrofes personales, pero también podemos indicar que las sociedades han aprendido hacer filosofía a causa precisamente de sus catástrofes sociales, pero para qué esperar un destino de fatalidades, cuando es mejor repensar nuestro mundo desde otras perspectivas, que no sea la racionalidad de la destrucción y la dominación.

Savater indica que la filosofía, en este contexto, se convierte en la herramienta para cuestionar, para criticar, para cambiar, por lo que la enseñanza filosófica tiene que rebasar su

pretensión de ilustrar para convertirse en un saber propositivo que contribuya en la búsqueda de ese sentido común que tal vez hemos perdido, pero anticipándose a la catástrofe social, a ese destino tan incierto que puede ser irreversible.

La filosofía y las universidades, son los espacios donde se puede cultivar el pensar crítico para precisamente buscar consensos de sentido y transformar así lo que afecta a millones de personas y a la naturaleza misma. Tanto la filosofía como las instituciones educativas tienen enormes desafíos y responsabilidades en la sociedad actual, no basta ya con cultivar el intelecto e ilustrar el saber a través del conocimiento de las filosofías, es preciso sacudir a la filosofía para que se convierta en un instrumento que posibilite frenar la crisis civilizatoria a través de nuevos paradigmas y sistemas de pensamiento. Es preciso lograr que la filosofía fortalezca su naturaleza relacional e interdisciplinaria para que permee todas las ciencias y la realidad misma.

Como se decía al inicio del presente texto, es importante convertir el saber teórico en un saber práctico de utilidad para la gente, pero no en una utilidad hedonista y pragmática sino de recuperación de lo humano, de lo que nos hace reconocernos como iguales, de lo justo, de recuperar capacidades para darle sentido social a la vida. Uno de los retos de la filosofía es pensar y hacer pensar a los estudiantes desde fuera del capitalismo y fuera de la democracia formal occidental para, precisamente, crear nuevas teorías y prácticas que nos conduzcan a otros modelos de bienestar social. El gran desafío es seguir pensando que otro mundo es posible, como lo dice el Foro Social Mundial, pero esto sólo puede ser viable cultivando un pensamiento crítico que posibilite nuevas alternativas.

Como señala Enrique Dussel (2009), el primer paso es cuestionar la negatividad del sistema, ese sistema mundo que deshumaniza y que genera miles de víctimas, para luego dar paso a un pensamiento sensible que vele por el Otro, por el que sufre la negatividad del capitalismo, para que así se encuentren caminos comunes para sortear esta época que tiene al mundo convulsionado.

Recordando a Leopoldo Zea (2003), éste decía, que es necesario liberarse de la enajenación, y ese “desenajenarse no es otra cosa que descolonizarse, dejar de ser instrumento, medio, de otros fines”. Y esto cabe para nuestra sociedad, la cual tiene que librar la dominación que el mercado ejerce sobre ella a través del sistema global, pero también tiene que dejar de ser instrumento del poder político local y de toda forma de instrumentalización.

La descolonización, explica Zea, tiene como destino la creación de un hombre nuevo y una sociedad nueva, se trata de hacer una filosofía auténtica que ayude a superar el subdesarrollo, la exclusión y toda forma de violencia hacia la sociedad. Esta filosofía “vendrá de nuestra capacidad para enfrentarnos a los problemas que se nos plantean hasta sus últimas raíces, tratando de dar a los mismos la solución que se acerque más a la posibilidad de la realización del nuevo hombre” y de la nueva sociedad.

Lo anterior contiene la idea de un pensamiento crítico que luego se convierte en pensamiento creativo capaz de superar la condición deprimida de la sociedad, es decir, desarrollar las capacidades y sensibilidades creadoras para humanizar desde contextos propios. Esta nueva conciencia del hombre y la sociedad nueva es liberadora de todo sistema complejo de dominación, es al final de cuentas una filosofía de la acción, “filosofía de la acción encaminada a subvertir, a cambiar el orden en el que la auténtica esencia del hombre ha sido menoscabada”, según Zea.

Desde luego que con lo anterior no se trata de dejar a un lado el estudio de la filosofía clásica, ni la filosofía europea de siglos pasados, sino de acercarse también al pensamiento latinoamericano, particularmente a aquel que hace filosofía a partir de los problemas y necesidades de la región, aquel que visualiza nuevos paradigmas por los que puedan andar las sociedades oprimidas y dependientes, aquel que cuestiona las realidades de exclusión social y que se preocupa por desarrollar una alteridad que se constituya en una alternativa de humanización. No se trata de

ignorar el pensamiento de los grandes filósofos, sino aprender a hacer filosofía para comprender el mundo desde otras ópticas, y hacer de la filosofía un medio para transformar, para crear, para innovar.

Dependencia, violencia, desigualdad, corrupción

Es necesario mirarnos en el espejo para tomar conciencia de que tenemos que hacer filosofía desde nuestra realidad y desde nuestros problemas, y pensando en un futuro común. Ya no basta con estudiar otras filosofías de otras culturas que estudian otros problemas. La “descolonización de nuestra conciencia” es un paso necesario para crear, para proponer, para humanizar.

A través de una crítica sistemática del modelo de desarrollo capitalista podemos encontrar las alternativas para construir nuevos caminos y reconstruir la identidad propia, para dejar de ser instrumentos y pasar a ser un sujeto con conciencia propia de lo que se quiere ser. La educación filosófica al igual que la educación en otros campos del saber no puede seguir siendo inauténtica, es decir, no puede seguir siendo imitación, copia y reproductora de un orden establecido que excluye y mantiene en el atraso.

El esfuerzo tiene que estar encaminado a crear un pensamiento propio, constructivo, liberador de toda forma de dominación. Una filosofía crítica pero que fomente a su vez las sensibilidades para hacernos responsables por el Otro, por el que sufre, por todo ser viviente que se encuentre en riesgo, una filosofía del cuidado. La filosofía práctica tiene que proponer, crear, despertar, entusiasmar, tiene que proponerse recobrar la confianza del tejido social. Una filosofía práctica que se plantee problematizar los más diversos desafíos de nuestra realidad, sean estos locales o en relación al sistema mundo.

La filosofía tiene que estar atendiendo problemas como el de la eterna dependencia que siempre hemos tenido como nación con respecto al mundo industrializado, es hora de que la

filosofía proporcione instrumentos que fomenten el pensar creativo, que se rompa esa idea de que sólo somos viables como sociedad importando tecnología, ciencia, capitales, mercancías, cultura, etc. Es tiempo de reconocer lo propio y de ser creativos en todos esos campos, de dar ese salto emancipatorio y explotar todas las potencialidades de la sociedad, es urgente que la filosofía ponga sobre la mesa de la discusión el imperativo de forjar un pensamiento crítico pero también un pensamiento capaz de reinventar a la sociedad mexicana desde sus propias fuerzas, capacidades y necesidades.

Asimismo, desde este concepto de filosofía instrumental y no sólo teórica, se puede contribuir a contrarrestar la cultura de la violencia y revertir ese ethos social violento que atenta contra la convivencia. Este es otro gran problema sobre el que la filosofía tiene que estar haciendo sus contribuciones, porque no se debe ser indiferente ante un fenómeno que no sólo destruye vidas, sino la cultura y el ser moral de la misma sociedad. De este mismo modo, el problema de la desigualdad social en México tiene que seguir siendo motivo de la más profunda reflexión crítica porque ese fenómeno es inadmisibile, ya que afecta a más de la mitad de la población del país.

Rolando Cordera (2006) sostiene que la desigualdad ha marcado nuestra historia y cruza nuestras mentalidades, es decir, se ha transitado hacia una normalización de la desigualdad a tal grado que se ha convertido en costumbre y como parte de nuestra cultura, lo que supone una actitud general de indiferencia que sólo es posible revertir con la gestación de un pensamiento crítico.

Y en cuanto al lastre de la corrupción que ha permeado no sólo a las élites de poder en México, sino a importantes sectores de la sociedad, también debe ser motivo de profundos estudios por parte de la filosofía, estudios interdisciplinarios que tendrían que estar planteando soluciones ante uno de los mayores obstáculos para nuestro desarrollo como nación. No podemos permitir que

la subcultura de la corrupción y la impunidad se expanda y se instale como parte de nuestra identidad.

Luis Villoro (2010), en su libro *Los retos de la sociedad por venir*, expone tres desafíos de las sociedades actuales, incluida la mexicana: la justicia, la democracia y el reconocimiento del multiculturalismo, y sobre estos puntos argumenta ampliamente la necesidad de cuestionar, de actuar, de transformar, y lo hace desde una perspectiva de filosofía aplicada. Pero a esos tres desafíos se le pueden agregar otros más, como los señalados con anterioridad. Problemas que requieren respuestas prontas porque están minando el tejido social del país.

La filosofía que se tiene que estar haciendo desde nuestra realidad tiene que estudiar estos temas con la perspectiva de potenciar capacidades creadoras, reconstruir la sociedad, aspirar a un futuro más prometedor y revalorar nuestra identidad cultural. Estamos hablando de la necesidad de una filosofía política, de una antropología filosófica, de una filosofía de la educación, de una filosofía de la argumentación, de una filosofía moral, de una filosofía de los derechos humanos, de una filosofía de la alteridad, que nos ayude a rehacernos y recrearnos como pueblo, como nación, como sociedad, como seres humanos.

En palabras de Adela Cortina (2008) se trata de edificar una nueva sociedad civil que no se mueva por “intereses particularistas”, sino por “intereses universalistas, capaz de generar energías de solidaridad y justicia que quiebren los recelos de un mundo egoísta y a la defensiva. Dice esta filósofa que una sociedad semejante “será imposible sin una moral creciente de las personas que la componen, moral que hoy se expresa en la que, con mayor o menor fortuna, se viene denominando el auge de la ética aplicada”, que no es más lo que denominamos como filosofía práctica o filosofía de la acción.

A nivel global, Adela Cortina advierte de la necesidad, “cada vez sentida con más fuerza, de dar respuestas con altura humana a problemas como el de la destrucción de la ecosfera, el hambre

en el mundo, el racismo y la prepotencia, la guerra, la moral de la política y de los políticos, la conducta de periodistas y empresarios, el sentido de las profesiones y las instituciones, la presunta neutralidad de la economía o los problemas de la decisión médica en casos de conflicto moral”.

La pensadora española asegura que la filosofía práctica “o proporciona principios que ayuden a la toma de decisiones o queda descalificada por k.o. técnico, porque el saber práctico debe ayudar a orientar de algún modo la acción o abandonar definitivamente el ring”. Desde luego que nuestro posicionamiento va en el sentido de reivindicar a la filosofía como un campo de conocimiento vinculante con los problemas contemporáneos, campo que puede contribuir en la “emancipación mental”, en la “descolonización de la conciencia” y en la formación de un pensamiento crítico, liberador y creativo, como lo señalan los filósofos latinoamericanos contemporáneos.

Se puede pensar en una filosofía donde la ortopraxis tenga una primacía sobre la ortodoxia, esto siguiendo al teólogo José María Vigil (2006), quien en el campo de la teología considera que es mucho más importante tener una buena praxis que tener una buena doctrina, aunque dice, que lo mejor es el conjunto de los dos elementos. En esta sintonía, en el campo filosófico no se trata de despreciar la teoría sino de “resituarla” en el lugar que le corresponde.

En la filosofía hay que atreverse a no partir sólo de los megarelatos que ha construido en los diversos campos del saber, esos megarelatos que nos vienen de siglos pasados y que los seguimos considerando como las únicas fuentes de conocimiento filosófico. Ahora se le puede dar la vuelta al asunto y hacer también filosofía construyendo mini relatos surgidos de la realidad inmediata, de la vida cotidiana que es tan diversidad y plural. Sólo así podrá aflorar su utilidad práctica, crítica y transformadora.

Miguel Agustín Romero (2001), en un breve texto titulado *Identidad y vocación de la filosofía en el fin del milenio*, dice que el saber filosófico en relación a la vida cotidiana tendría que expresarse no sólo en términos “de mayor percepción clara y distinta de la realidad, sino en término de mayor sensibilización, de humanización, de conciencia de nuestra pertenencia a la colectividad humana... Se expresaría además, en la solidaridad con los demás, en la intelección de que compartimos una identidad y una vocación común”. Parafraseando a Bauman, se trataría de que la filosofía en los tiempos posmodernos logre que la persona humana se reencante con el mundo después del desencanto que le ha producido el desarrollo de la historia y de la propia vida cotidiana.

La ética posmoderna, señala Bauman (2009), readmitiría al Otro como vecino –como aquel que está cerca del cuerpo y de la mente- en lo más profundo del yo moral. Dicha ética o filosofía moral “restablecería el significado moral autónomo de la proximidad; volvería a forjar al Otro como el personaje central del proceso mediante el cual el yo moral llega a serlo”. Más claro no podía ser, los desafíos de la filosofía contemporánea pasan por algo tan vital como es restablecer la sensibilidad y la responsabilidad hacia la persona humana, algo tan elemental y humano que estamos perdiendo y que puede suponer mayores riesgos para las sociedades.

Notas sobre la enseñanza filosófica actual

Históricamente las universidades han seguido ciertas modas y han reproducido en las aulas una filosofía muchas veces ajena a las realidades del país, por eso habría que relativizar la búsqueda de enfoques globales y más bien detectar ciertas tendencias temáticas que sirvan como referente para posicionar los estudios filosóficos en relación a realidades de carácter regional y cultural, sin que ello suponga el desconocimiento de la universalidad de la filosofía.

Lo que se expone a continuación es un fragmento de una revisión curricular de trece programas de filosofía, diez de ellos de universidades de nuestro país, tales como la Universidad

Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma de Nuevo León, la Universidad de Guadalajara, así como la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Católica de Chile, del cono Sur y la Universidad Complutense de Madrid, lo que representa una pequeñísima muestra con la cual advertimos ciertas tendencias en los enfoques de la enseñanza filosófica.

Una de las tendencias generales que se percibe en la enseñanza de la filosofía en las universidades mexicanas, así como en las sudamericanas y en la Complutense, es colocar como tronco central el estudio de la filosofía europea. Lo anterior significa que sigue predominando el estudio de los filósofos clásicos, los filósofos de la Europa ilustrada y del siglo XIX y XX. Además de las más diversas doctrinas o corrientes filosóficas, tales como la filosofía del lenguaje, la fenomenología, la filosofía de la ciencia, el existencialismo, etcétera.

En términos generales, los anteriores contenidos constituyen un porcentaje significativo en los cursos que se imparten en México, lo que representa una enseñanza filosófica más en el sentido de ilustrar, de conocer y dominar los sistemas filosóficos de importantes pensadores europeos y estadounidenses, y no tanto una filosofía que posibilite el saber pensar, el saber argumentar, el saber relacionarse con el Otro, el saber crear, el saber cuestionar desde los contextos culturales a los que se pertenece. Se enseña una filosofía creada por pensadores europeos que fue elaborada a partir de problemas europeos y que intenta dar respuestas a desafíos europeos.

Con lo anterior no se pretende menospreciar ni descartar de la enseñanza filosófica los grandes aportes de esa filosofía occidental, ni tampoco en volvernos localistas o cerrarnos al pensamiento universal, sin embargo, también partimos de la consideración de que se puede enseñar una filosofía más próxima, más auténtica y más útil ante los problemas que aquejan a las sociedades de nuestra región.

Al parecer, las universidades no han querido valorar los desarrollos filosóficos que ha tenido el pensamiento latinoamericano, incluso, la filosofía de los pensadores mexicanos no es muy apreciada para la formación de los universitarios. La prioridad sigue siendo el pensamiento europeo y estadounidense aunque sin ese tratamiento académico que debe existir para descubrir en qué nos puede ser útil socialmente dicha filosofía. Lo que hay que lograr es un justo equilibrio en la enseñanza filosófica.

Otra tendencia importante que salta a la vista con la revisión de los planes de estudio, es que las universidades han puesto una especial atención en la impartición de cursos de ética, lo que podría suponer un cambio en las preguntas centrales de la filosofía, es decir, ya no es el ¿quién soy? y ¿qué hago en este mundo?, problema filosófico que ha sido desplazado paulatinamente por otro, que es, ¿cómo me relaciono con el otro? y ¿qué hacemos en este mundo? Este tránsito hacia el estudio de la alteridad es muy claro en los programas de filosofía de las universidades porque todas incluyen cursos de ética bajo muy diferentes modalidades.

El tema ético se ha generalizado y no hay universidad que enseñe filosofía que no considere el asunto de los principios y normas ético morales. Hoy, las instituciones educativas imparten cursos de ética bajo diferentes enfoques, se oferta ética aplicada, bioética, ética profesional, ética contemporánea, ética y derechos humanos, ética y globalización, entre otras modalidades. Se puede asegurar que la ética se ha convertido en la rama de la filosofía que más se estudia y que trata de dar respuestas al complejo mundo de las relaciones humanas.

En México este tema es vital porque tenemos un tejido social en proceso de descomposición debido a la violencia, la corrupción, el individualismo y otros males que están quebrantando a la sociedad. El estudio de la ética y lo humano es una tendencia marcada en los programas filosóficos de las ofertas curriculares que fueron revisadas. Por ejemplo, en la Universidad Autónoma de Puebla se imparte un curso que se llama Formación humana y social, mientras en la Universidad de

Buenos Aires, ofertan un curso que se denomina Problemas especiales de ética, entretanto, en la Complutense de Madrid, aparece la asignatura de Ética y otra como Filosofía de los Valores, incluso hay un curso optativo llamado Dios y el problema del mal.

Bien se dice cuando se afirma que el hombre contemporáneo está perfeccionando el dominio de la técnica en todas las áreas del conocimiento, pero cada día es más deplorable en el dominio de las relaciones humanas. Por ello, las instituciones educativas están advirtiendo el problema de los valores y la alteridad, y están enfocando esfuerzos porque el asunto ético sea especialmente importante en la enseñanza de la filosofía.

Desde la muestra que se analiza también se advierte una importante presencia de cursos sobre la sociedad contemporánea, asunto que compartimos por su relevancia y que debería tener un mayor protagonismo en la enseñanza. A partir de este hecho se puede inferir que a la filosofía no sólo hay que estudiarla desde la historia, los sistemas filosóficos y los clásicos, sino que hay que ponerla a dialogar con los problemas de hoy. Aunque no es una tendencia tan marcada en la muestra, sí aparece una filosofía que busca insertarse en la realidad para aportar ideas en la solución de las sociedades complejas como las nuestras.

En este terreno se están ofertando cursos, tales como Teoría de la sociedad actual, Crítica de la modernidad, Teoría y problemas sociopolíticos contemporáneos, México en el contexto contemporáneo, Tópicos de filosofía práctica, Seminario de pensamiento indígena contemporáneo, Filosofía contemporánea en México, La sociedad contemporánea, Filosofía de la acción, Teoría crítica feminista, Investigación en filosofía práctica I, II y III, Teoría de la racionalidad práctica, entre otros.

Con ello se evidencia que el estudio de los problemas contemporáneos se está convirtiendo en una necesidad que esperemos cobre fuerza al interior de las universidades. Para el caso de nuestro país esto es vital, tenemos problemas que no hemos sabido cómo resolver y que es preciso

por consiguiente que la filosofía indague e intervenga. Ante las patologías sociales e individuales qué mejor que una filosofía que provea herramientas para la vida, que provea de sentido común y que proporcione habilidades de pensamiento para enfrentar los desafíos que tenemos como personas y como sociedad.

Los problemas de hoy exigen mucha creatividad y un conocimiento profundo del continuo histórico que nos ha conducido al borde del precipicio. No sólo en la ciencia y en la tecnología se puede innovar, también en la filosofía se pueden desafiar paradigmas y se puede dar paso a nuevas culturas capaces de cuestionar el orden establecido que está en crisis.

Apuntando hacia el pensamiento crítico también aparece en la muestra universitaria una batería de cursos que tienen el propósito de incrementar en los alumnos su capacidad de argumentación, de discernimiento y de razonamiento lógico. En otras palabras, su rigurosidad de pensamiento. Esto si bien no es nuevo, si está presente en la currícula filosófica, aunque debiese tener un mayor protagonismo porque precisamente se requiere de filósofos pensantes y críticos, más no sólo ilustrados. Los estudiantes en filosofía deben ir construyendo un discurso articulado, disciplinado, lógico, pero a la vez interdisciplinario que les permita comprender el mundo y transformarlo.

Las universidades le están dando auge a materias tales como Desarrollo de habilidades del pensamiento complejo, Lógica y teoría de la argumentación, Epistemología de las ciencias sociales y humanas, Argumentación y conocimiento, Argumentación filosófica, Didáctica de la filosofía, Análisis lógico de argumentos, Habilidades de pensamiento crítico y creativo, Lógica superior, Métodos de análisis del discurso, Teoría crítica, etcétera.

Este conjunto de cursos tiene una intencionalidad de crear un pensamiento riguroso y crítico, que junto con la ética y el estudio de la sociedad contemporánea, pueden constituir la base

de un modelo que puede tomar impulso en el proceso de la enseñanza para situar a la filosofía en las realidades latinoamericanas y emanciparla como un pensamiento auténtico capaz de criticar, crear y transformar. Por ello, se destaca en estas líneas la relevancia de la capacidad argumentativa, que no quiere decir que el filósofo egresado de las universidades tenga que seguir siendo complicado y abigarrado en sus expresiones orales y escritas. Por el contrario, justamente la capacidad argumentativa, lógica y creativa puede desarrollar un pensamiento con virtudes de claridad, profundidad y criticidad necesarias para que el filósofo pueda ser comprendido y escuchado.

Conclusiones

La filosofía no debe tener un carácter conservador de verdades absolutas y clásicas, y menos debe tener un carácter elitista o exclusivista para ciertos círculos pensantes. La filosofía, en el caso de la realidad mexicana y latinoamericana, debería seguir alentando profundas reflexiones sobre nuestro ser, sobre nuestras potencialidades, sobre nuestras contradicciones, sobre nuestra cultura, sobre nuestra permanente aspiración a ser libres, auténticos, iguales y respetados. El gran desafío es tener respuestas ante los enormes problemas y ser capaces de hacer resurgir una cultura capaz de rehacer sus propios caminos y de relacionarse de manera distinta con el mundo.

Sin duda alguna el replanteamiento de la enseñanza de la filosofía tiene que pasar por un reposicionamiento intelectual, político, ético y cultural. Ese es el punto de partida para diseñar nuevas perspectivas que enriquezcan la labor filosófica, no basta con conocer cuáles son las tendencias académicas globales al respecto, se trata también de marcar tendencias desde nuestro entorno, y en esa relación dialéctica entre lo global y lo cotidiano de nuestra realidad, se podrán formular propuestas interesantes y pertinentes.

Por todo lo anterior, se puede afirmar que hay razones para que las universidades continúen en el camino de la enseñanza de la filosofía, enriqueciendo sus enfoques y sus contenidos. Los

desafíos de la sociedad actual son tan complejos que no sólo le competen al mercado o al Estado, sino que las universidades son pilares en la proposición para construir sociedades que aspiren al desarrollo pero con aspiraciones de igualdad, justicia, libertad, y de un humanismo que permita la convivencia social.

La filosofía universitaria debe poner el acento en rescatar las potencialidades de la identidad cultural, fomentar las capacidades creadoras de las personas y las comunidades, desarrollar habilidades, sensibilidades y cultivar un pensamiento crítico que mueva a la sociedad para que se generen las transformaciones que requieren tanto el país, como las regiones y las localidades. La filosofía puede ser liberadora de todo aquello que degrada, y al liberar, puede crear condiciones para una nueva conciencia ética que le dé fortaleza a la sociedad en su camino hacia su propia reconstrucción. Es tiempo que desde la filosofía se pregunte ¿qué sociedad queremos? y desde la filosofía misma encontrar las respuestas en relación con otras áreas del conocimiento, en el entendido de que la propia filosofía puede tener un carácter transdisciplinar.

Como dice Leonardo Boff (2010) “tenemos que desarrollar urgentemente la capacidad de sumar, de interactuar, de religar, de repensar, de rehacer lo que ha sido deshecho y de innovar”. Este es un desafío para la filosofía en estos tiempos convulsos. O se acepta y se legitima esta realidad, o se cuestiona y se transforma, he ahí el dilema. Sin duda, la filosofía universitaria puede jugar a favor de la segunda premisa.

Bibliografía

- Alonso, Jorge (2012). Hay que perder el miedo a pensar desde la autocrítica. En *Hacer política para un porvenir más allá del capitalismo*. Guadalajara, México: Grietas editores.
- Bauman, Zygmunt (2009). *Ética posmoderna*. Madrid, España: Siglo XXI de España Editores.
- Boff, Leonardo (2010). La sociedad mundial de la ceguera. En *La Página de Boff de Servicio Koinonia*. Ciudad de Panamá, Panamá: servicioskoinonia.org
- Borja, Jordi y Castells, Manuel (2006). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. México, Distrito Federal: Santillana Ediciones Generales.
- Cordera, Rolando (2006). La desigualdad marca nuestra historia. En *Los desafíos del presente mexicano*. Toledo, Florescano y Woldenberg, José (coordinadores). México, Distrito Federal: Santillana, Ediciones Generales
- Cortina, Adela (2008). *Ética aplicada y democracia radical*. Madrid, España: Editorial Tecnos
- Dussel, Enrique (2009). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Madrid, España: Editorial Trotta.
- Lora, Jorge (2008). Crítica metodológica e investigación social. En *El pensamiento crítico y la miseria del método*, Lora, Jorge y Mallorquín, Carlos (coordinadores). Puebla, México: Benemérita Universidad de Puebla.
- Romero, Miguel Agustín (2001). Vocación de la filosofía, en *Revista Xipe Totek*, Vol. X, No. 1. Guadalajara, México: Instituto Libre de Filosofía y Ciencias
- Savater, Fernando (2008). *La aventura de pensar*. México, Distrito Federal: Editorial Sudamericana.
- Sosa, Raquel (2011). Pensar con cabeza propia. Educación y pensamiento crítico en América Latina. En *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano Nº 48*. CLACSO, noviembre de 2011. Publicado en La Jornada de México, página 12 de Argentina y Le Monde Diplomatique de Bolivia, Chile y España.
- Vigil, José María (2006). *Teología del pluralismo religioso*. Quito, Ecuador: Ediciones Abya Yala.
- Villoro, Luis (2010). *Los retos de la sociedad por venir*. México, Distrito Federal: Fondo de Cultura Económica.

Zea, Leopoldo (2003). *La filosofía americana como filosofía sin más*. México, Distrito Federal: Siglo XXI Editores.